

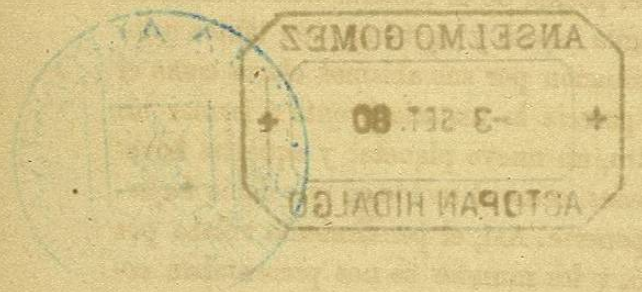
860  
C.

PQ 65.12  
.c2  
03

OCASO DE LA LIBERTAD

CAPITULO PRIMERO

ES PROPIEDAD DE MIGUEL GUIJARRO.



EL

# OCASO DE LA LIBERTAD.

## CAPITULO PRIMERO.

### LOS METAMORFÓSEOS.

Siempre recordaré una mañana de Abril transcurrida en la caverna más hermosa de la bahía de Parthenope. La misteriosa gruta recordaba á la mente el poema de la general transformacion. Aquella agua espesa y clarísima, con tantos colores en disolucion por sus abismos claros como el éter, nos parecia la materia pronta á formar un nuevo astro, un nuevo planeta; y aquellas bóvedas y paredes, como el molde en que debia forjarse y componerse. Así, el pensamiento volaba por lo infinito, y los mundos se nos presentaban como larvas de las cuales surgian raudos en vistoso enjambre nuevos astros. Veíamos la materia primera desprenderse del sol, como una pluma de las gigantes alas de un ave de fuego; el cometa errante nadar en los senos de la nebulosa inmensa como en el agua los peces; el planeta esférico



formarse por la irradiación del calor, rodando como una peonza de oro sobre sus ejes y en espirales infinitas alrededor de su centro de gravedad; las tempestades ciclópeas de los primeros volcanes en aquella universal incandescencia; las primeras aguas cayendo de la atmósfera espesísima sobre la ígnea colosal brasa y volviéndose á las alturas en nubes gigantescas henchidas de diluvios eléctricos, á cuyos truenos parecía desgajarse el Universo, y á cuyos relámpagos encenderse lo infinito; los mares inmensos envolviendo los espacios desiertos y alumbrados por las antorchas de los volcanes moribundos; las tierras surgiendo de los amores de las aguas recién caídas con los minerales recién forjados; la flora y la fauna colosal, cuyas raíces y cuyas ramas entrelazadas formaban selvas espesas y duras y formidables, cual si fuesen de hierro ó de bronce; las raíces del organismo en los corales, y en las acidias, y en los infusorios; su flor en el cerebro humano, del cual se desprende como el comienzo de lo divino la creadora, la inefable, la invisible esencia que se llama en nuestro imperfecto lenguaje el pensamiento, ó la idea.

¡Cuánta poesía la antigüedad ha puesto en el poema de las transformaciones! A cada paso brota un mito, cada mito es un símbolo, cada símbolo encierra un dogma de la metamorfosis uni-

versal. La cerúlea ninfa Liriope tuvo hermosísimo hijo, al cual puso por nombre Narciso. Al verlo crecer con tanto medro y tanta belleza, le preguntó al oráculo si viviría mucho tiempo el hijo de sus entrañas, y respondióle que viviría si no acertaba á verse á sí mismo. Cazador ligero, desnudo en el seno de la Naturaleza, errante por los bosques, el arco á la espalda, la flecha en la mano, robustecido por la castidad de su vida y el vigor de sus ejercicios, parecía, en la flor de su edad, en el vértigo de sus carreras, en los campos, despidiendo luz de los ojos negros é irradiando ideas de la frente espaciosa, como la movable estatua del amor animada por un soplo del cielo. Las ninfas, cuando corría ligero por el borde de los arroyos, sacaban para mirarlo su cabeza de las aguas, y se encendían por él en ardiente amor. ¡Cuántas hubieran dado su vida por depositar un beso en aquella frente, siquiera fuese tan casto como el beso que depositó Diana sobre la frente de Endimion dormido! Pero Narciso las desoía y despreciaba á todas. Una vez detúvose en su carrera, absorto, extático, fijos los ojos, mudos los labios, inclinada la frente, el dedo índice sobre el oído atento. Había tocado por un instante en su corazón dulcísima voz que repetía su voz, palabras de tono suave y melodioso que doblaban sus palabras, cánticos que copiaban su cántico en el



seno de la Naturaleza. Era la ninfa Eco, condenada por Juno, en sus celos, á repetir los últimos sonidos de todo cuanto oía. Enamorada, perdida, fuera de sí, corría desalada tras el jóven cazador, abrasándose en su sombra como las mariposas se abrasan inocentes en las llamas. Pero el hijo de Liriope se habia detenido al eco de la propia voz, y no al amor de la graciosa ninfa. Y lanzaba palabras por el placer de oirlas repetidas. Y una vez dijo: «Unámonos». En el momento, «unámonos», repitió la ninfa, saliendo del bosque para lanzarse en brazos de su amado. Mas el ingrato, en cuanto la vió, la rechazó con rabia, y tuvo que retirarse á la soledad, y esconder la infeliz en el follaje la vergüenza de su encendido rostro y el color de sus encendidas lágrimas, trocándose poco á poco en árida roca y repitiendo eternamente elegiacos lamentos. Mas su venganza no tardó mucho tiempo. Otra ninfa, despreciada tambien, lanzó al jóven altivo, levantando los brazos á los dioses, una maldicion que le condenaba á amar sin poseer el objeto de su amor. Y la maldicion se cumplió. Habia un lago transparente donde jamás bebieron los ganados, vírgen y puro, cuyo cristal no fué desflorado ni por las hojas de una rosa ó de una violeta, ni por las alas de un ave ó de un insecto, lo mismo que el cristal de la gruta azul. Formábalo cristalina fuente que fluía de

esponjosa peña. Narciso, despues de haber corrido los ciervos por las selvas, se arrodilló en sus bordes y apagó la sed de sus labios. Pero una sed más ardiente acababa de despertarse en su corazón. Se habia visto y se habia enamorado de sí mismo. En vano queria acercarse á su imagen y abrazarla. Cercana á sus ojos por el reflejo, huía rápidamente á sus brazos. Las lágrimas de desesperacion enturbiaron el lago, borrando la imagen. Y se murió de pena. Y en las regiones de la muerte aún busca por las plumizas aguas de la laguna Estigia su propia adorada imagen. Las náyades sus hermanas lo lloraron y depusieron las largas cabelleras sobre la losa de su tumba; las driadas lo lloraron tambien; la ninfa Eco redobló sus gemidos; apercibieron todas la hoguera fúnebre, la antorcha aromática, las coronas y los ex-votos, y al ir á enterrarlo, encontraron en el lugar donde cayera su cuerpo una flor de rojo cáliz y de blancas hojas.

El adivino que anunciara la triste suerte de Narciso llamábase Tirésias, y con su prevision y con su acierto obtenia universal renombre. Todos en Tébas le consultaban, todos ménos Pentheo, el cual llevaba la injuriosa incredulidad hasta reirse de los mismos anuncios realizados y echarle en cara al oráculo su antigua irremediable ceguera. El ciego Tirésias no veía cosa alguna ma-



terial, pero en su virtud sencilla y en sus sábias respuestas expresaba el profundo deseo de que su enemigo no viera las fiestas de Baco, pues en ellas mancharia con su sangre las patrias tierras y el seno amoroso de sus hermanas y de su madre. Tan terrible horóscopo se cumplió á la letra. Un dia llegó á las puertas de la ciudad de Pentheo el culto á Baco, culto sensual, que desde India hasta Grecia corriera celebrando desordenadas orgías. Huestes ceñidas de pámpanos y hiedra, ebrias de vino nuevo, acompañadas del címbalo y de las trompetas de dos tubos, con el áureo tirsos en las manos, el delirio en los ojos, la sacra palabra «Evohe» en los labios, recorrieron aquellos campos, é incorporaron á sus ceremonias y á sus sacrificios próceres y vulgo, niños y ancianos, mancebos y doncellas, padres y matronas, todo el pueblo. Pentheo, que habia visto su ciudad siempre consagrada á un culto severo, al culto de Marte, desdeñaba los báquicos transportes, y temia que los conquistadores de Tiro fueran conquistados, que sus cascos relucientes se trocaran en femeniles guirnaldas, sus espadas cortantes en dorados tirsos, sus himnos patrióticos en voluptuosas canciones, sus ceremonias severas en locas orgías, su ardor heroico en báquica embriaguez. Así, mandó que le trajeran encadenado á Baco, y en su defecto, al primer sacerdote de Baco para

infligirle castigo tal que por siempre le ahuyentara de Tébas. Los enviados por Pentheo no hubieron á Baco, pero presentaron á Acétes. Contóle éste á su perseguidor cómo habia abrazado la religion del dios. Pobre de nacimiento y de familia, no recibió de sus padres ni campos, ni bueyes, ni laníferos ganados, ni otra herencia que el mar inmenso y el diminuto anzuelo. Cansado de pescar sobre su playa, inmóvil como la roca, estudió los astros, conociendo desde la pluviosa cabra de Amaltea hasta las constelaciones de Taygétes y de la Ossa, y desde las señales de las tempestades hasta las señales del tiempo propicio y los favorables vientos. Se embarcó resueltamente, y fué resueltamente piloto. Cierta dia, dirigiéndose hácia Délos, abordó en Náxos. Marcharon por sus órdenes los tripulantes á hacer la aguada, y trajeron un jóven hermosísimo, de virginales formas, encontrado en plácida gruta, y que apenas podia tenerse de pié, tomado de una completa embriaguez. El piloto reconoció en él un dios, y le prestó culto. Pero sus tripulantes lo tomaron por una buena presa, creyeron que obtendrian por él cuantioso rescate, y se alejaron de las costas. Mas comprendiendo que Acétes le habia tomado por un dios, rogóle el jóven que diera vuelta á Náxos. Empuñó el timon dócilmente la mano del piloto y se plegó al mandato divino.



Mas los tripulantes se sublevaron y quisieron darle muerte, deseosos de abordar á otra isla donde pudieran realizar sus criminales maquinaciones. Inútil la lucha de los hombres con los dioses. A una señal, detiéndose el barco y tórnanse como si fuera de tierra; sus remos brotan hiedra, y sus velas parras; el jóven se vuelve dios y se ciñe sus atributos divinos, rodeado de tigres y panteras; miéntras los cuerpos de los tripulantes se cubren de escamas, sus brazos se encogen en aletas, sus piés se alargan en colas, sus cabezas de hombres se truecan en cabezas de peces, y relucientes é inquietos como violáceos atunes ó jugueteos delfines, se lanzan á las ondas, saltan entre las aguas, juguetean con las espumas, arrojan por sus narices entreabiertas ligeros surtidores á lo alto, y van á confundirse para siempre con los mudos seres de los marinos abismos. Desde entónces Acétes, el único perdonado, es sacerdote de Baco. Mas Pentheo no se persuade y encadena al bacante y se dirige al lugar de las ceremonias báquicas para interrumpirlas. Cuando llega, su propia madre lo toma por un furioso jabalí y le lanza el primer dardo. Las otras bacantes, y con especialidad sus hermanas, lo despedazan. Y el anuncio de Tirésias se cumple, y el culto de Baco se queda para siempre en Tébas.

Mas ¡ah! que la guerra es universal, y sus

odios y sus horrores se extienden desde los abismos del mundo hasta las cimas del Olimpo. Baco ha perseguido y destrozado á un devoto de Marte; Juno atormentará á una devota de Baco. La hermosa Ino y su esposo Athamas duermen tranquilos en el palacio de Cadmo, sobre su lecho nupcial, con dos robustos y hermosísimos niños á su lado, frutos de castos y legítimos amores. Juno quiere atormentarlos porque Baco los protege; y á este fin descende desde las alturas donde la luz es eterna, y el iris extiende sus matices como el pavo real su vistosa cola, y el rocío cuelga sus cristalinas gotas, á los tortuosos y oscuros senderos, á las tinieblas espesas, al profundísimo silencio, al frio horror, á la bajada de los muertos hácia la eternidad abierta entre los mefíticos vapores de la laguna Estigia y las plomizas aguas del rio Letheo, poblada de fantasmas pálidos como la ictericia y terribles como el remordimiento, sin huesos y sin piel, pero con mirar siniestro, cuyos destellos semejan los destellos de los fuegos fatuos en los letales campos de la guerra. Y ya en el infierno, la reina de los dioses suscita á la furia Tisifone contra sus pobres víctimas; y se vuelve al cielo despues de recibir un rocío de agua lustral despedido por la ninfa Iris, que quita á su cuerpo los siniestros reflejos de las infernales llamas y las sucias manchas de las frias som-



bras. Tisifone echa hácia atrás su cabellera de víboras, cuelga á los hombros su manto empapado en sangre, toma siniestra antorcha funeraria en las manos, se ciñe al cuerpo un cinturón de serpientes, se dirige al tranquilo lecho, y arrancándose sus animados cabellos que silban y destilan veneno y chasquean las rojas lenguas, los esparce sobre los cuerpos entrelazados de los esposos, y los suspende á sus felices corazones, donde hincan los dientes y muerden con mordeduras terribles, al mismo tiempo que un veneno formado de todas las sustancias más letales y más ponzoñosas del infierno se evapora y se extiende y se disipa por los aires para penetrar en los pulmones y abrasarlos, y abrasar en ellos la vida. El pobre Athamas, envenenado hasta el alma, ve en su mujer una leona, en su hijo mayor un cachorro, y asiéndolo fuertemente de los piés, y agitándolo en rápido círculo, cual suele el pastor agitar la honda sobre su cabeza, lo estrella, rompiendo todos sus huesos en las marmóreas paredes del palacio. Ino, loca también, pero huyendo instintivamente de tal horror, se lanza al mar con el segundo de sus hijos en brazos, y á ruego de Vénus la admite Neptuno entre las diosas marinas. Pero las damas de Ino se quedan á la orilla, convertidas unas en graciosas rocas y otras en esas voladoras aves que rozan con sus

alas de incomparable nitidez las crestas espumosas de las ondas.

El mal también está entre los dioses y semidioses; también penetra, como agria levadura, en la masa de su vida y en sus transformaciones y metamorfosis. El viejo rey Niso, de las riberas lelegeyas, se halla encerrado en su ciudad, cercada por el joven rey Mínos; y toda su esperanza de vencer al sitiador consiste en cierto cabello rojo y en su exquisita conservación sobre la venerable cabeza, como que á ello han ligado divinos mandatos la fortuna. En verdad no es la primera vez que el peso de todo un reino ha pendido de tenue cabello. Los muros de la ciudad sitiada eran sonoros desde que los tocó Apolo con su lira, y tenían elevada torre, cuyas piedras pulsaban los dedos de la hija de Niso, produciendo tristes y suaves melodías. Desde aquel misteriosísimo lugar miraba la incauta joven al héroe sitiador Mínos, la cabeza coronada por áureo casco sobre el cual caía vistosísimo penacho, el brazo izquierdo oculto tras cincelado escudo, el brazo derecho ocupado con agudísima lanza, caballero en su rápido corcel, corriendo por doquier; y á la carrera hinchado del viento de las batallas que agitaba sobre sus espaldas el rojo manto de púrpura. Con tanto mirar al rey de Creta la hija de Niso cayó en la locura de amarlo, siguiéndolo



desde la alta sitiada torre con el pensamiento, con los ojos, con el deseo. ¡Cuánto envidiaba á veces los tejidos suspensos á los hombros del enemigo héroe, la espada ceñida á su costado, el arco y el dardo manejados por sus manos, las riendas con que sujetaba á su corcel, y el frio metal que ponía sobre su frente! Pero la angustia de la régia virgen era extrema, grande su incertidumbre, como enamorada del sitiador y del enemigo, á quien debiera desear la derrota y la muerte. Si volvía los ojos á su ciudad, el patriotismo la enajenaba, y si volvía los ojos al campo, la enajenaba más el amor. Si se acordaba de su padre, del trono, de la autoridad, de la gloria, su sangre hervía; pero hervía mucho más su sangre si contemplaba al lejano héroe. Y en estos transportes se alegraba de la guerra, causa de sus amores; del sitio, que le había permitido ver á su amado; de la nefasta fortuna de su pueblo. Y deseaba caer cautiva para ir á la tienda de Mínos, echarse á sus piés, abrazar sus rodillas, devorarlo de cerca con sus ojos ansiosos, y rendirlo á su encendido amor. Tales arrebatos, cuanto más concentrados, tanto más terribles y más próximos á una locura ó á un crimen. Así fué en verdad. Los vapores del corazon llenan la conciencia de la princesa, y los delirios del sentimiento destruyen la serenidad de la idea. Su amor fué más fuerte que su patriotismo. Por el

amante, á quien viera desde léjos, sacrificó el padre, que le comunicara la vida. En lo interior de su sér se deslizó una idea falsa en justificacion de un crimen horrendo. Puesto que la derrota es cierta, puesto que Mínos ha de vencer por las armas de la guerra, venza por otras armas mucho más saludables, por las armas del amor. Además, á cada momento temía la infeliz que dardos despedidos desde la torre misma donde ella estaba hirieran al sitiador idolatrado y lo arrebataran á sus caricias. Sufrir más tiempo le era ya imposible, y dejar la ciudad para correr á los brazos de su amado, imposible tambien, por la vigilancia del padre-rey, por el número de centinelas solícitos, por los peligros del furioso cerco. Solamente le quedaba un medio de vencer á su padre, como se había vencido á sí misma: arrancarle el tenue cabello á que estaba atada su resistencia en aquella contienda. Y á la callada noche, después de largos insomnios, ebria de amor, exaltada por locas esperanzas y fantásticas visiones, ansiosa de ver poblada la soledad con los besos de su delirante pasión, se levanta del lecho, se dirige al cubículo donde duerme su padre, entra de puntillas, se abalanza reprimiendo la respiración, le arranca el cabello fatal, y corre á la tienda del sitiador á ofrecerle su mano y la victoria. Pero Mínos se horroriza de tanto crimen, y acep-



tando el fruto de la traicion, rechaza á la traidora. ¡Oh! La hija de Niso, que sólo pidiera en pago de su accion el amor, y que sólo aspirara á habitar en el reino de los enemigos de su reino, rechazada de toda la tierra, porque, ciudadana, habia entregado su ciudad; princesa, perdido su monarquía; hija, inmolado á su padre, se retuerce de desesperacion por aquel abandono, igualmente herida en sus amores y en sus ambiciones; y maldice á quien tanto habia bendecido y llama tigre á quien habia llamado Dios y conjura todas las potencias infernales para que le acosen; y viendo al que tantas veces abrazara en sueños como esposo huir de su lado y darse á la vela, arrójase al mar y agárrase á la quilla de su barco, no plácida como los bondadosos delfines, sino furiosa como los hambrientos tiburones, y de allí jamás se apartara, cogida como pegajosa concha ó gelatinoso pulpo á las húmedas tablas, si el padre-rey, convertido en rapaz ave marina, no descendiera á herirla y devorarla, por lo cual, compadecidos los dioses; la transformaron de súbito en ligera pluma que arrastraba el viento.

¿Quién se extrañará de estas cosas? ¿Quién pondrá en duda estas historias? El rio Aquelon le contaba á Teseo, albergándolo en su palacio, construido todo él de piedra pómez y adornado de verde musgo y pintadas conchas, en el banquete

donde las ninfas escanciaban deliciosísimas bebidas rebosantes de copas preciosas, que la isla cercana á su desembocadura en el mar fué hermosa náyade, con la cual tuvo profundos y nunca olvidados amores, cuya intensidad conmovió de tal manera á Neptuno, que transformara á la náyade en isla para que eternamente la abrazara el amoroso rio. ¿Quién no sabe la historia de Ceyx y Alcyon? Era Alcyon hija del dios Eolo, y se habia casado con Ceyx, audaz y valeroso marino. Espejo de felicidad debia llamarse tal matrimonio. La casa aparecia como un templo de amor, la vida como continuado encanto, y el marido existia solamente para la mujer y la mujer para el marido en la santa felicidad del matrimonio. La buena Alcyon, para quien su hogar compendia el Universo, no concebía cómo tanta paz y tanta ventura se podian turbar por ninguna aspiracion que no fuera el eterno durar de su ventura. La vida para ella, en aquel momento, debia semejarse á esas fuentes clarísimas, de manantiales perpetuos, jamás aumentadas por la lluvia ni disminuidas por la sequía, iguales durante todas las estaciones en caudal y en temperatura. Pero el corazon del hombre no es tan dulce y tan tierno como el corazon de la mujer. Esta se encierra fácilmente en su nido, y se contrae á tan breve espacio; aquél necesita de más febril actividad y



se dilata con mayor empuje por el Universo. El marino, enamorado, fidelísimo, de probada constancia, de religioso culto por su jóven esposa, debía viajar por los mares, oyendo la tumultuosa voz de sus instintos, y realizando la misteriosísima ley de su destino. Retenerle ó seguirle queria Alcyon, pero ni una ni otra cosa pudo conseguir de su esposo, cuyos labios, nunca engañadores, le prometian y le juraban próximo regreso. Suspiros y lágrimas en el hogar, insomnios en el lecho, besos y abrazos inacabables en la orilla, gritos al partirse, miradas inmóviles hasta que la nave ó la tierra se perdieran, la una en el mar y la otra en el horizonte, todo esto y mucho más pasó entre los esposos, doloridos ambos por aquella dolorosa separacion. No habia engañado su amor á la pobre Alcyon. Apénas pasa el primer día de viaje, cuando las olas blanquean, las aguas hierven, los vientos soplan, las nubes truenan, las trombas sorben, las lluvias estallan, las montañas de espuma suben, los abismos de sombras bajan, las estrellas huyen, los huracanes viénen, las arenas del fondo ascienden á la superficie, y el rayo atraviesa por todas partes, iluminando con sus siniestros culebreos un infierno de horrores, como si el cielo se anegara en el mar, ó el mar se subiera á los cielos, movidos ambos, azotados, desgarrados por gigantesco furor. En vano unos

marinos se lanzan al timon, otros recogen los remos, éstos pliegan las velas, aquéllos aseguran los mástiles, varios despiden el agua, y algunos amarran los cables; la tormenta rabiosísima sacude la nave en sus epilépticos estremecimientos, y las tablas se apartan unas de otras en medio de los tremendos asaltos de las férvidas espumas, y del horrible estrépito de los vientos en choque con las aguas, y del azote de los rayos y de las trombas sobre las espaldas del mar. La tripulacion se acongoja, porque doquier vuelve la vista, sólo encuentra la muerte. Los amigos ausentes, la patria amada, la familia, las ilusiones queridas, las esperanzas acariciadas, la juventud próxima á perderse, la noche eterna próxima á venir, tristemente sirven de tema á las diversas invocaciones y lamentos de los náufragos al extinguirse sus fuerzas en el combate, al sentir el buque estremeciéndose bajo sus plantas, al caer en las aguas, al cogerse á la última tabla, al pronunciar la última palabra. Pero Ceyx, despues de haber dirigido su plegaria á los dioses; solamente se acuerda de su esposa. Alcyon dice cuando la nave se abre, Alcyon cuando en las aguas se hunde, Alcyon cuando se ase á la última tabla, prolongando su angustia por prolongar su vida y prolongando su vida por pronunciar alguna vez más el nombre de su esposa. Mas al ver que sus fuer-